

únicas cuya solución debe necesariamente producir toda conciliación franca y durable.

Parece que se obstinan en desechar este dogma, no obstante las sólidas pruebas en que descansa. Los hombres mas ilustrados que hacen época en los fastos del protestantismo, y hasta los autores de la reforma, han profesado en muchas ocasiones otras opiniones con respecto á esta institución que las del vulgo. Al parecer han experimentado en esta parte mas pesar que repugnancia; y casi estaríamos tentados por decir en sus pensamientos podrían leerse mas elogios que vituperios. No bastaría un tomo entero para recopilar todos sus testimonios. En un libro que escribía Lutero contra Silvestre de Piera, alegaba estas palabras de Jesucristo: Tú eres Pedro... y estas: Apacienta mis ovejas... "Todo el mundo, dice, confiesa que la autoridad del Papa proviene de estos pasages." Allí mismo, despues de decir que la fé de todo el mundo debe conformarse con la que profesa la Iglesia romana, continúa así: Doy gracias á Jesucristo de que conserva sobre la tierra esta Iglesia única por un gran milagro que por sí solo puede demostrar que nuestra fé es verdadera, de suerte que no se ha separado jamas de la verdadera fé por ningun decreto." "Confieso, escribía al cardenal Cayetano, que me he arrebatado indiscretamente, y que he faltado al respeto debido al Papa.... dignaos de dar cuenta del asunto al Santo Padre: yo no deseo mas que oír la voz de la Iglesia y se-

guirla (1)." En 1518 dedicando sus controversias á Leon X, le decia: "Santisimo Padre, me postro á vuestros piés, y me ofrezco con todo lo que puedo y tengo: dad la vida ó la muerte, aprobad ó reprobad: reconozco vuestra voz por la voz de Cristo que reina y habla en vos." Es admirable el modo con que se espresaba Melancton en una carta suya. "Nuestras gentes están de acuerdo en que es permitida la política eclesiástica, en la que se reconocen obispos superiores de varias Iglesias y el obispo de Roma superior á todos los obispos.... Así no hay disputa sobre la superioridad del Papa y sobre la autoridad de los obispos, y tanto éstos como aquel, pueden fácilmente conservar esta autoridad, porque la Iglesia ha menester de conductores que mantengan el orden, que vigilen sobre los que son llamados al ministerio eclesiástico y sobre la doctrina de los presbíteros, y para ejercer los juicios eclesiásticos; de suerte que si no hubiera tales obispos, seria preciso hacerlos. La monarquía del Papa serviría tambien mucho para conservar el consentimiento en la doctrina entre varias naciones: así, fácilmente habria concordia sobre la superioridad del Papa si la hubiera en todo lo demas." ¿Puede haber cosa mas clara y terminante?

Tambien Calvino decia (2): "Dios ha colocado el trono de su religion en el centro del mundo, y

(1) Bossuet, Hist. de las var., lib. 1, n.º 21, 22.

(2) Inst. VI, §. II.

ha puesto un Pontífice único, hácia el cual están obligados todos á volver los ojos para mantenerse con mas fuerza en la unidad." El docto Grocio declaraba sin rodeos que sin el primado del Papa no habria medio de terminar las disputas y fijar la fé (1). Casubon confesaba que el Papa era el instrumento de que Dios se ha servido para conservar el depósito de la fé en toda su integridad durante tantos siglos. Puffendorf afirma que la supresion de la autoridad del Papa ha sembrado infinitos gérmenes de discordia en el mundo; porque no habiendo ya autoridad soberana para terminar las disputas que se originaban en todas partes, se ha visto á los protestantes dividirse entre sí, y despedazarse las entrañas con sus propias manos (2). Jacobo I, rey de Inglaterra, Leibnitz, Sayvel y otros muchos encontraban muy razonable la institucion del papado; y el doctor inglés Carthwrith hacia á su Iglesia este argumento tan sencillo, pero de tanta fuerza: "Si la supremacía de un arzobispo de Cantobery es necesaria para mantener la unidad de la Iglesia anglicana, ¿cómo no le seria la supremacía del Sumo Pontífice para mantener la unidad de la Iglesia universal (3)?"

Terminaremos con los testimonios de dos protestantes de los mas sábios, Muller y Bonnet. El

(1) *Volunt pro pace eccles. art. VII.*

(2) *De monarch. pontif. rom.*

(3) *In defensione Wirgiti.*

primero, hablando de la irrupcion de los bárbaros, dice. "Era menester educar á los bárbaros nuestros padres y hacerlos atravesar mil errores, antes que pudiese aparecer la verdad en su sencillez sin deslumbrarnos. ¿Qué sucedió? Dios les dió un tutor que fué el Papa... ¿Qué hubiera sido de nosotros sin el Papa? Lo que ha sido de los turcos, que no habiendo adoptado la religion bizantina, ni sometido su sultan al sucesor de Crisóstomo han quedado en su barbarie." El segundo le respondia el 11 de Octubre del mismo año: "Puedo deciros que vuestra manera de considerar el imperio papal, es precisamente la que yo adoptaba en mi plan: yo le presentaba como un gran árbol, á cuya sombra se conservaba la verdad para hacerse algun dia un árbol aun mucho mayor, que haria secarse al que no debia durar mas que un tiempo, un tiempo y la mitad de un tiempo (1)." Podriamos citar tambien diversos sínodos, en los cuales reconoció la reforma la necesidad de una autoridad en la Iglesia.

Despues de unas confesiones tan formales y de tanto peso ¿no es de admirar que en Alemania, en Suiza en Inglaterra y en Francia se resistan los reformados á admitir la supremacía de la Santa Sede? Si los motivos de creer en ella que el catolicismo les presenta, no les parecen capaces de convencer-

(1) *Joh. von-Muller samtllichz Werke; Funfentler theil, en 8.º, p. 336, 342 y 343.*

los, á lo menos las opiniones de los autores de la reforma deberian tener algun crédito para ellos. Deberian á lo menos estar de acuerdo con los que formaron su profesion de fé; pero la verdad es que para ellos sonó la hora de la emancipacion del entendimiento humano, cuando la grande trasformacion del siglo XVI. Entonces adoptando sin restriccion el gran principio proclamado por Lutero, vino á ser la única regla de fé la interpretacion de la Santa Escritura por la razon individual, y cada uno se formó su símbolo. No estrañemos, pues, que la reforma piense hoy tan de diversa manera que sus padres. Pero ¿á dónde llegará con tales principios? La exhortamos á que lo medite con toda la seriedad que requiere una cuestion de resultados tan trascendentales. Echando una mirada hácia atras y considerando el término á donde ha llegado, juzgue por analogía de lo que puede prometerse en lo sucesivo. A presencia del abismo que se abre á sus piés, no deberia ya vacilar en volver al puerto.

Lutero, despues de haber reconocido la soberanía de la razon individual en materia de religion, é investido á todo ser pensador del derecho de interpretar las Escrituras y de rever todas las decisiones de la Iglesia, no tardó en gustar por sí mismo los amargos frutos del árbol de la libertad que habia plantado. Todos los dias veia, para hablar el lenguaje enérgico de Bossuet, irse la reforma á pedazos, y escapársele algunos dogmas de la antigua fé romana que creyó debia conservar. Vió cumplirse

en él el oráculo profético de S. Agustin contra todos los sectarios: "Cogieron el cuchillo de la division para separarse de la Iglesia romana: aquel cuchillo quedó en sus manos; y ved en cuántas particillas se dividen ellos." Dios permitió que esta division comenzase por los gefes. El anabaptismo cayó como una tempestad sobre la Alemania, mientras que Lutero permanecia en su misteriosa prision de Warteburgo; y sus amargas quejas no le atrajeron los discípulos que habian abrazado la nueva doctrina. Zuinglio y Ecolampadio se levantaron como otra cabeza de la reforma. Carlos-tadio rompió con él, y la fé de Bucero fué á veces un problema. A ejemplo de Lutero Melancton y Calvino lloraron amargamente la anarquía que á su vista devoraba la reforma naciente. "El Elba con todas sus olas, decia Melancton, no hubiera podido suministrarle bastante agua para llorar tantas desgracias." La Santa Escritura que debia dar la misma fé á todos los creyentes, se habia convertido ya en un manantial de divisiones; y al proclamar ellos la autoridad de la razon individual, habian abdicado todo derecho de contener el torrente de las opiniones.

Apenas habia comenzado la ruptura de Lutero con la Iglesia romana, cuando ya conoció el here-siarca la necesidad de buscar un principio de unidad en cualquiera parte, á fin de reunir su doctrina en un mismo símbolo. Esta fué la razon ulterior por qué consintió en entregar el gobierno de aque-

lla sociedad, cuyo fundador se declaraba, á la voluntad inconstante de todos los príncipes. Pero este dique no fué poderoso á contener el torrente aumentado con nuevos símbolos y controversias sin fin. La reforma estaba condenada á caminar. Jurieu habia tratado de traer las creencias á puntos fundamentales, y á mediados del siglo XVIII vacilaban ya los mismos artículos conmovidos é inciertos. Entonces se vió un espectáculo extraño: la reforma negando una por una sus propias doctrinas, y caminando á largos pasos hácia el abismo de la duda. D'Alembert no descubria ya en Ginebra mas que un débil motin de diferencia entre la reforma y el deísmo (1). "Se pregunta á sus ministros, decia J. J. Rousseau, si Jesucristo es Dios, y no se atreven á responder. No se sabe ni lo que creen ni lo que no creen, ni aun se sabe lo que aparentan creer (2). No tardó en declarar una voz que era preciso abstenerse de llamar á Jesucristo Dios Hijo, y que por su naturaleza es inferior á Dios Padre (3): desde entonces la reforma ha marchado con mayor rapidez hácia el deísmo, y no ha descubierto mas que un sentido ideal y místico en los libros de la Santa Escritura. Eichorn no veía otra cosa que un *mito* en los hechos pasados en el paraíso terrenal. En Inglaterra se ha preguntado

(1) *Enciclopedia*, art. *Ginebra*.

(2) Segunda carta de la Mont.

(3) Esta tesis fué defendida en Ginebra el año 1777.

qué razon poderosa hay para creer en una revelacion escrita, y ha habido la osadía de sostener que el Evangelio no puede defenderse por medios racionales. En Francia se niega igualmente la inspiracion de una parte de los libros santos, y se reduce la Religion á un sentimiento indefinible que se manifiesta bajo diferentes formas segun los tiempos y paises. La exegesis protestante disputa hoy á Moisés hasta el Decálogo y la unidad misma de Dios, y los señores Bohem, Quinet, Gesenius y Lengerke consideran todos los libros del Antiguo Testamento ó como apócrifos, ó como ampliaciones literarias.

Despojado así de su carácter profético el Antiguo Testamento, el Nuevo ha parecido á otros un tejido de emblemas y *mitos* (1). "Para mí, dice el superintendente general Røhr, la Escritura es como cualquier otro libro; no reconozco autoridad en ella sino en cuanto concuerda con mi propia conviccion: no la miro como la regla de mi creencia, sino que me sirve únicamente de prueba de que algunos hombres sábios de la antigüedad pensaron como yo (2)." "Tales han sido, dice Bretschneider, los progresos de la inteligencia en nuestros dias, que no solamente la interpretacion sino hasta el contenido de las Escrituras, han venido á ser patrimonio

(1) El Señor Daub, prof. de teolog. en la universidad de Heidelberg.

(2) Carta sobre el racional. P. 15.

de la ciencia (1).” Segun una multitud de escritores de la reforma, la doctrina de los Evangelios es tan muerta como la de la tradicion oral. Es probable, dicen, que no se ha recibido ciertamente la doctrina pura de Cristo por los documentos del Nuevo Testamento, ó á lo menos que se han intercalado en ellos muchos errores; y se añade que valdria mas que no tuviésemos ninguna noticia de Jesucristo, de quien no admite Struss mas que la crucifixion: todo lo demas son para él *mitos y visiones*.

La verdadera Religion no tiene otro origen que la razon humana. Las Escrituras son tan santas como los escritos de Platon y de Virgilio. Todo lo que se llama milagros, debe considerarse como fábulas. La personalidad de Dios, la divinidad de Jesucristo, la Trinidad á la inmortalidad del alma y el juicio final, se confunden en una mitología panteista. A ese punto ha llegado la reforma de Lutero en Alemania. ¡Qué espectáculo tan triste! ¡El divino libro rasgado así, despedazado por las manos que parecian encargadas de conservarle y defenderle! Es verdad que todas las sectas protestantes no han llegado ahí; pero no puede ocultarse que en todas partes propenden al deismo. En vano querrian buscar el principio de unidad en la fuerza moral de sus ministros. Como no admiten autoridad infalible que se oponga á la anarquía de

(1) *El seminismo y el cristianismo.*

los entendimientos, y proclaman soberana la razon, no pueden resistir á la inundacion de los errores. La senda en que se han metido, debe producir la ruina del cristianismo reformado, aun en concepto de muchos escritores suyos (1). Bayle, aunque protestante, habia previsto á dónde se llegaria con este método racional. “Es mas útil de lo que se piensa, decia, humillar la razon del hombre demostrándole con qué fuerza se burlan de sus luces las heregías mas insensatas para embrollar las verdades mas capitales. Esto debe enseñar á los socinianos, que quieren que la razon sea la regla de la fé, que se estravian en un camino de perdicion, propio solamente para conducirlos de grado en grado hasta negarlo todo ó dudar de todo. Pues ¿qué se ha de hacer? *Hay que cautivar el entendimiento bajo la obediencia de la fé* (2).” Estas palabras equivalen á estotras: hay que volver á la unidad católica. Bayle no hubiera intentado el primero esta reunion; Melancton antes de él habia tenido ese pensamiento, y en la asamblea de Smalcalde fué de parecer que se reconociese el Concilio convocado por el Papa. Toda la secta instaba por su convocacion, y Melancton esperaba de él el fin del cisma; pero tan bellos principios no produjeron ningun resultado, porque con la mayor injusticia se queria escluir de él al Papa y á todos los que ha-

(1) *Revista de ambos mundos*, Diciembre 1833, art. *vida de Jesus*.
(2) *Dic. hist. y crit.* art. *Paulicianos*.

cian profesion de estarle sometidos (1). Despues se convocaron varios sínodos para este efecto, y en ninguno de ellos pudieron ponerse de acuerdo; sin embargo, la reforma no se cansó de solicitar esta reunion. No hablaremos de las sábias conferencias de Bossuet con Claude, en las que son de notar tanto vigor en la defensa de la fé, como indulgencia en las discusiones de los proyectos. Un ministro del santo Evangelio escribia no hace muchos años, segun refiere el señor conde de Maistre (2): "Si, los reformadores son los que tocando á rebato contra el Papa y contra Roma, han dado el primer golpe al antiguo y respetable coloso, y dirigiendo los entendimientos de los hombres hácia la discusion de los dogmas religiosos, los han preparado á discutir los principios de la soberanía. Ha llegado el tiempo de proseguir su obra, ese palacio soberbio destruido con estrépito. . . . Y acaso ha llegado la ocasion de hacer volver al seno de la Iglesia los griegos, los luteranos, los anglicanos y los calvinistas. . . . A vos os toca, Pontífice de Roma. . . . mostraros el padre de los fieles restituyendo al culto su pompa, y á la Iglesia su unidad: á vos, sucesor de San Pedro, os toca restablecer la Religion y las costumbres en la Europa incrédula. . . . Aprovechad, pues, Santo Padre, la ocasion y las disposiciones favorables. . . . haciendo en el dogma los sacri-

(1) Bossuet *Hist. de las var.* lib. V, art. 25.

(2) *Del Papa.*

ficios que las circunstancias eesigen; uníos á los sábios cuya pluma y cuya voz dominan á las naciones. Dad á la Europa incrédula una religion sencilla, pero uniforme; y sobre todo una moral purificada, y sereis proclamado el digno sucesor de los Apóstoles." ¡Qué preciosas confesiones! ¡Qué deseo vehemente de volver al seno de la unidad! Pero al mismo tiempo ¿quién no convendrá que no puede concluirse ninguna alianza mientras se eesijan concesiones en cuanto al dogma? Tocar á él seria aniquilarle. Dios le ha revelado, y el entendimiento humano no puede añadirle ni quitarle nada. La verdad eterna es el garante de todas y cada una de las verdades reveladas y propuestas por la Iglesia á la fé de los pueblos. En cuanto se desechase una sola, no habria razon para dejar de escluir las otras. Obrar de esta suerte seria sustituir en la Religion la razon humana á la razon divina; y desechariamos el sello que comprueba la legalidad de aquella. Semejante pacto de alianza seria *un delito de muerte* para el catolicismo. Su regla de fé es inmutable y no se reforma.

¿Habremos, pues, de perder para siempre la esperanza de todo medio conciliatorio? No sin duda. La reforma puede hacer lo que á nosotros nos está prohibido: como que es obra del hombre, le es dado perfeccionarse, sin destruirse, poniéndose en completa armonía con el catolicismo que es la obra de Dios. Esta reunion no puede consistir únicamente en simples imitaciones de su ceremonial:

mientras la reforma no saliese de esta esfera reducida de actividad, siempre se quedaria á grandísima distancia. En cualquier proyecto de union, es indispensable que entre el reconocimiento del papado y de la infalible autoridad de la Iglesia; y de buena fé ¿qué obstáculo insuperable puede tener la reforma para aceptar ambas cosas?

¿Se obstinará la Iglesia anglicana en disputar al Papa su soberanía en el orden espiritual? Pero tambien admite las Escrituras: se precia con justo título de superioridad de saber y de razon, y la antorcha de la tradicion no se ha estinguido enteramente en ella: consúltelas, y la respuesta de aquellas desvanecerá toda duda. Todos los siglos, desde la cuna del catolicismo hasta nuestros dias, han confesado y reconocido al Papa por cabeza visible de la Iglesia; y los esfuerzos de la heregía para librarse de su autoridad, suponen su ecsistencia. Ademas, la Iglesia de Inglaterra ecsige obediencia para sus obispos invocando las palabras dirigidas á los Apóstoles: id y enseñad: . . . luego se apoya en la mision dada á estos en el Evangelio para probar su autoridad. No sabemos, pues, explicar su resistencia á admitir el primado de jurisdiccion y de honor en los Sumos Pontífices, sucesores de S. Pedro, que la recibió de Jesucristo en las inmediaciones de Cesarea y á orillas del mar de Galilea. Las palabras del Salvador fueron igualmente claras, y debieron tener su efecto tanto respecto de Pedro como de los Apóstoles: y si el pasaje con-

cerniente á estos no puede tener un sentido restrictivo, no vemos cómo las palabras dirigidas á Pedro, habrian limitado á su persona y á su vida las promesas que se le hicieron.

Si los obispos anglicanos intentan probar su mision con las palabras que hemos indicado, ¿por qué les parece mal que los Papas asienten sus derechos sobre las que comprueban los privilegios de Pedro? ¿Temerá la Inglaterra que el papado revindique algunos derechos sobre lo temporal de sus reyes? Mas no puede haber olvidado que el Sumo Pontífice Gregorio XVI, profesando en todas las circunstancias la mácsima de perfecta fidelidad á la potestad temporal en el orden civil, ha declarado solemnemente que no quiere estender su poder de un modo inconciliable con los derechos de los soberanos, ni ejercer en los Estados la autoridad legislativa fuera del círculo de sus atribuciones eclesiásticas. ¿Bajo qué pretesto, pues, deja de reconocerse en su persona la supremacía espiritual independiente de los poderes del Estado? Pero el anglicanismo ¿no echa de ver la tendencia bien manifesta de la nacion hácia el catolicismo? El poder pontificio, la autoridad de la Iglesia, son reconocidos cada dia mas en Escocia, Inglaterra é Irlanda. La célebre universidad de Oxford ha desplegado la bandera, y todos se incorporan á ella, animándola la universidad de Cambridge, que al principio se habia manifestado hostil á la conversion hácia las ideas católicas. El puseismo triunfa de todos los

obstáculos, y rebosa por todas partes. Ya se sabe que ser puseista es anatematizar el principio vital del protestantismo, alejarse cada vez mas de las doctrinas de la reforma anglicana, deplorar la separacion de la Iglesia de Roma, y mirar á ésta como la madre que nos ha engendrado en Cristo. Ser puseista es denunciar la Iglesia anglicana como reducida á la esclavitud y cargada de cadenas, declarar que los artículos de la fé anglicana se compusieron en un tiempo de hostilidad contra el catolicismo: que las Escrituras no son la única regla de fé: que la Biblia sin anotacion ni comentarios, puesta en manos de las personas ignorantes, no es propia para dirigir el curso ordinario de la vida, de modo que se alcance con certeza la salvacion eterna: que Jesucristo está presente en la cena eucarística: que es una costumbre santa orar por los difuntos: que se puede creer en la ecsistencia del purgatorio: que pueden venerarse las reliquias é invocase los santos; y que hay siete sacramentos (1). Es tan perceptible el movimiento religioso de Inglaterra hácia la autoridad del Papa, que parece que tiene algo de entusiasmo. No ha mucho que escribia el señor Palmer al señor Golithy: "Si desear el restablecimiento de la unidad con la Iglesia de Roma es un deseo de papista, en ese caso declaro que soy papista en el fondo de mi al-

(1) Cada una de estas frases está sacada de algun escrito de los puseistas. *Univers* 30 de Agosto de 1842.

ma." ¿Qué es, pues, lo que puede contener este impulso generoso? ¿En qué consiste que no arrastra á toda la nacion inglesa? ¿No ha pasado aún por bastantes errores? ¿No le parecerá bastante pesado el yugo opresor del pauperismo que pesa sobre su cabeza, para alargar los brazos hácia aquel de quien nos viene todo auxilio? ¡Ah! Reanímese la fé en todas las clases sociales con el recuerdo de los beneficios de que la colmó el cielo en otro tiempo. Los Papas no cesaron jamas de declararse sus protectores y sus padres; muéstrese, pues, ella digna otra vez de la solitud y del amor de los mismos.

¿Qué dificultades graves nos opondrá la reforma para la reunion que desea? Estamos dispuestos á concederle todo lo que puede ser concedido; pero no podemos jamas menoscabar las bases indestructibles del catolicismo. La reforma conviene, sobre todo en Francia y en Alemania, en que la razon individual no basta para ser árbitro esclusivo de la fé. Muchos le sustituyen la razon general, y entonces son arrastrados á la pendiente rápida, donde los colocan los principios filosóficos de nuestra época, y no pueden menos de parar en el escepticismo.

Se nos objetan muy á menudo los vicios y la ambicion de los Papas; y se nos dice que por espacio de siglos se han sentado en la cátedra de S. Pedro Pontífices de costumbres disolutas, y siempre prontos á derribar la corona de las sienas de los re-

yes. Bajo este pretesto se discurre quedar dispensados de reconocer su autoridad. No debemos rechazar semejante objecion, porque los católicos no han supuesto jamas que los Papas estén libres de prevaricar. El Salvador, al darles un poder tan grande, les dejó el libre albedrío, y están como el mas humilde de los fieles bajo la influencia de la culpa original. Confesamos que algunos Papas habrán podido mostrarse á veces poco dignos de su santo ministerio; pero ¿qué se infiere de ahí? Si generalmente se deben honor y respeto á los que están revestidos de una dignidad cualquiera, prescindiendo de sus cualidades ó defectos, con mucha mas razon no debe ningun hombre tratar de alterar por este motivo el sentido de la palabra de Jesucristo, ó juzgar desventajosamente la ecsistencia del pontificado. Sin duda que los Papas no son impecables; pero no dejan de ser dignos para siempre de veneracion. Entre los Apóstoles hubo un Judas: y si su traicion no alteró la dignidad ni disminuyó la jurisdiccion del apostolado, ¿cómo habria valor de desechar el papado á causa de los crímenes de algunos Pontífices? Nadie ignora que todos los Sumos Pontífices de los cinco primeros siglos de la Iglesia, á escepcion de Liberio, han ocupado un lugar en el catálogo de los santos; y hasta algunos escritores protestantes han tributado los mas honrosos testimonios á las virtudes de los Papas que antecedieron próximamente ó se siguieron á la reforma hasta nuestros dias.

Ha habido complacencia en acusar de ambicion á los de la edad media. Pero ¿no hemos visto publicarse muchas obras, cuyos autores siendo protestantes han rehabilitado la memoria de los que se nos habian pintado como desmesuradamente sedientos de engrandecimiento y envidiosos del poder temporal de los reyes? Gregorio VII é Inocencio III, cuentan hoy sus panegiristas entre aquellos (1). Aun en la hipótesis mas favorable á las pretensiones de la reforma, no podria deducirse nada contra la institucion de los Papas. De un hecho particular no se puede sacar una conclusion general. Ademas, ¿quién no convendrá en que si el abuso de los poderes probase algo contra la autoridad del que los ejerce, no habria ya autoridad sobre la tierra? Con gusto, pues, consentimos en conceder á la reforma que los Papas no están libres de las flaquezas de la humanidad; pero rogamos á aquella que convenga con nosotros en que sus prevaricaciones no pueden destruir en nada la institucion divina del Papado.

La reforma tiene que glosar acerca de la jurisdiccion temporal de los Papas. Tambien le concederemos que la supremacia espiritual de que están investidos, no trae necesariamente consigo aquella posesion, y añadiremos que la soberanía sobre los Estados romanos no forma siquiera parte integran-

(1) Obra del señor Voigt, aprobada por los mejores historiadores de la Alemania moderna, &c.—Id. Harter, ministro de la Iglesia protestante de Alemania.

te de su dignidad. Con todo, debe reconocerse con muchos escritores aun protestantes (1) cuán ventajoso es así para la Iglesia como para las sociedades, que los Papas estén enteramente independientes de los soberanos. ¿Por qué, se nos pregunta, no apareció la autoridad papal en los primeros siglos? Después de todas las esplicaciones que hemos dado ya de esta tésis, nos bastará responder que los Papas han sido mirados constantemente como gefes espirituales; que ejercieron en los cuatro primeros siglos una jurisdiccion incontestable y no disputada; y que si su autoridad se ostentó mas en las edades posteriores, fué por la mayor urgencia de las necesidades de la Iglesia.

Se nos acusa de que adoramos al Papa: injustamente lo ha afirmado la reforma. Pregúntese al último católico, recórranse todos nuestros libros, y fácil será convencerse de que estamos lejos de tributar honores divinos al Papa. La reforma se resiste á reconocer la infalibilidad de la Iglesia, al paso que concede este privilegio á la razon individual, á lo menos en el sentido filosófico á la razon general de la humanidad. Juzgue con ánimo elevado é imparcial de qué lado debe inclinarse mejor la balanza. Algunos protestantes nos han declarado á nosotros mismos que admitirian gustosos un gobierno constitucional en la Iglesia; pero les pedimos que observen que este gobierno no seria centro

(1) El señor Hume, *Hist. de la casa de Tudor*, t. 2, p. 9.

de la unidad en cuanto la fé cesase de ser idéntica en todas partes; y querer dar una nueva forma á la Iglesia, seria destruirla. Tampoco podemos convenir con el parecer del señor Montlosier, que nos aconseja sin rodeos que quitemos de nuestra Religion sus dogmas, sus misterios y sus artículos de fé, y que no conservemos mas que las ceremonias que le parecen bellas y pomposas (1). Los artículos de fé de una religion forman su sustancia y su fondo: la disciplina y las ceremonias son partes accesorias.

Los señores Merle de Aubigné y Bost han publicado no ha mucho ciertos escritos, en que abundan las invectivas contra el papado y la gerarquía católica: no necesitamos refutarlos. Bástanos decir con el presbítero Magnin, que ha respondido á sus impugnaciones con tanto talento como energía, que semejantes ignominias quedan á cargo de su inventor. No hacen mas que rebajar el precio de una causa, y seguramente no es el de la nuestra. Salgan algunas otras obras de este gusto, y los protestantes sinceros á quienes querrémos siempre como hermanos muy amados, á falta de razon para reprobear la heregía, conocerán que los viles medios empleados para retenerlos les bastan para librarse de ella.

¿No vemos diariamente que los hombres de mas noble carácter y de ingenio mas perspicaz, aterra-

(1) En su libro *Del sacerdote*.

dos de la irremediable confusion que presencian en el protestantismo, vuelven amorosos sus miradas hácia la antigua Iglesia su madre, y entran unos tras de otros en su unidad, á veces á costa de los mayores sacrificios? Entre las dinastías soberanas el amable príncipe Adolfo de Mecklemburgo y su hermana Carlota, princesa real de Dinamarca: en la república de las letras y de las artes un Winckelmann, un Zoega, un Harmann, un Stolberg, un Werner, un Federico Schlegel, un Cárlos de Haller, un Esslinger y otros muchos cuyos nombres solos llenarian volúmenes enteros. ¿En qué consiste que este movimiento no se estiende á Francia, á Alemania y á Suiza en un radio mas vasto? Por un lado convienen los protestantes en que la confusion de las palabras y de las ideas ha llegado al colmo entre ellos: por otro ¿qué no pueden esperar de la indulgencia de la Iglesia? Ya saben hasta dónde llegó en este punto el ilustre Bossuet que sirvió de intérprete de aquella. No pueden negar sus homenajes al digno Pontífice Gregorio XVI, con el cual han subido á la cátedra apostólica todas las virtudes de Pedro. Todo el mundo cristiano tiene forzosamente que hacer justicia á su firmeza en la fé y á su bondad para atraer á los mismos que le ultrajan. ¿Qué testimonio no ha dado de su ardiente amor por la paz á la Iglesia reformada de Prusia y de Alemania, levantando el impedimento diariamente del matrimonio entre católicos y protestantes!

Como hijos de un mismo padre y llamados á cumplir el mismo destino, reunámonos para admitir la grande institucion llamada pontificado, ese poder maravilloso, cuyo secreto misterioso se oculta á las investigaciones de la sabiduría humana, que nació en medio de las tempestades y crece bajo el hierro de las persecuciones. Ha atravesado diez y ocho siglos como un dia: ¡cuántas generaciones han doblado la rodilla ante él! ¡cuántos pueblos ha visto nacer y morir! Innumerables borrascas han pasado por cima de su cabeza, y sin embargo, él está en pié, firme é inmóvil como la pirámide del desierto: su brazo se estiende hasta los confines del mundo: su cetro domina el tiempo y el espacio; y sentado sobre lo pasado está ahí para asistir á las naciones en su carrera é indicarles su término. En vano se colocaria en las regiones de la inteligencia la palanca con cuyo auxilio se intentase conmooverle ó derribarle: solo hay fuerza cuando el apoyo es la verdad. Y ¿qué tendrá que temer el poder papal de la potencia de la razon, cuando aquel ha recibido de arriba *la sublime mision de enseñar al mundo?*

No cesemos de aplaudir el proyecto de atraer todos á la unidad de creencia y de opiniones bajo la influencia de una conviccion libre y profunda. La union de los pueblos depende en especial de su union en los principios religiosos. Solo en la unidad están su salvacion y una gloria durable, y no puede haber unidad mas que con la autoridad. "Toda nacion europea (ha dicho un hombre de pro-

fundo saber) que se sustraiga á la influencia de la Santa Sede, caminará insensiblemente hácia la esclavitud, ó se precipitará en la revolucion, y tarde ó temprano la razon ó la desgracia traerá otra vez á toda nacion separada, despues de haber recibido la impresion del sello universal, conociendo que le falta algo.”

CAPITULO IX.

DEL CATOLICISMO CONFRONTADO CON LOS DIVERSOS SISTEMAS DE ECONOMIA SOCIAL EN EL SIGLO XIX.

Importancia de la economía social.—Su objeto y fin.—Lo que pensaban los antiguos de ella.—Mejora que el cristianismo ha introducido en esta ciencia.—Diversos sistemas adoptados por los economistas modernos.—Falsa teoría de la producción de las riquezas fundada en el monopolio industrial, en la filosofía sensualista y en la moral egoísta del interés personal.—Quesnay, Smith, Ricardo, Say, San Simon, Fourier y Ruberto Owen.—Homenaje tributado á las doctrinas de los señores de Conx y conde de Villeneuve de Bargemont.—Tentativas del filosofismo social para insinuar que el catolicismo es enemigo natural de la agricultura, de la industria y del comercio.—De sus funestos resultados en Europa.—Para poner término á estos

males, hay que juntar la influencia de los principios religiosos al progreso de la industria.—El catolicismo puede concurrir eficazmente á aumentar los elementos de la fortuna pública.—El espíritu de sacrificio que inspira, es la demostración de esta verdad.—Testimonio del señor Eugenio Buret que suministra pruebas de hechos.—Del catolicismo emanan la seguridad, la libertad y la caridad, tres condiciones indispensables al incremento social.—Votos del autor.—Conclusion de la obra.

La importancia de la economía social explica la profusion de sistemas á que ha dado márgen. Todo individuo siente la necesidad constante de proveer á su subsistencia y de mejorar su bienestar. Por eso no hay cosa que parezca mas digna de interesar á la humanidad, que la ciencia que abraza los elementos positivos de la vida física y moral de las naciones. Esta es la ciencia de las leyes que dirigen la formación, repartición y acrecentamiento de las riquezas de los pueblos. Tratada en su totalidad, abrazaria la historia de la civilización entera. Segun la acepción de la palabra, es la de la economía social; lo que debe darnos á entender que no puede circunscribirse en los límites que la mayor parte de los escritores le señalan.

Como ha notado muy bien un juicioso autor, desde que se ha probado que las propiedades inmateriales, como el talento y las facultades personales